

sobre todo evitar que la sociedad humana se rompa en dos porciones enemigas, detrás de la que asomaría su máscara enigmática el Asia y los prolongamientos africanos de inmediata crueldad. Bloch, sugiere el equilibrio de las dos fuerzas. Europa dirá.— D O M I N G O M E L F I .

LA MEDIDA DEL VALOR Y LA TÉCNICA FINANCIERA

EL problema fundamental de la economía es el de descubrir la fórmula que permita medir el valor exacto de los bienes, del trabajo y del capital, de manera de asegurar a cada individuo todo el producto del *esfuerzo útil* desarrollado en provecho de la sociedad económica mundial. En otras palabras, precisa que cada individuo pueda gozar de un bienestar equivalente al que con su esfuerzo productivo es capaz de procurar a sus semejantes.

Según las ideas más en boga (y que por esta sencilla razón son sospechosas desde el punto de vista científico), el valor es medido por el trabajo; solamente que la organización actual de la sociedad permite que los trabajadores vengán despojados del producto de su trabajo. No queremos *ahora* entrar directamente en polémica con estas concepciones: preferimos exponer en la forma más sencilla posible unas ideas nuevas, que nos parecen más acertadas y que empiezan a asomarse a la conciencia de la humanidad.

No creemos necesario impugnar las ideas liberales, según las cuales el valor es fijado por la ley de la oferta y la demanda, puesto que es precisamente sus fluctuaciones que se trata de explicar y controlar.

Por lo que se refiere a las doctrinas que sostienen que el trabajo constituye la medida del valor, nos limitamos a rechazar dicha afirmación diciendo que el problema económico consiste precisamente en hacer del trabajo la medida del valor, puesto que ahora no lo es.

Para comprender el mecanismo por el cual se fijan y fluctúan los valores y los precios, que del valor son la manifestación concreta, supongamos por un momento que la sociedad económica mundial esté representada por once individuos, cada uno de los cuales esté encargado de la producción de cada una de las ramas productivas indispensables para procurar a la sociedad económica su sustento y su bienestar.

Sean $P_1, P_2, P_3, P_4, P_5, P_6, P_7, P_8, P_9, P_{10}, P_{11}$, las producciones parciales de cada una de las once ramas productivas de la sociedad económica cerrada de nuestro ejemplo.

Si consideramos que, económicamente, se produce una cosa para permutarla con otras, resulta evidente que es inútil preocuparnos de la parte de producción de su ramo respectivo que cada individuo de la sociedad destina para su uso personal. Por lo tanto, P_1 permutará su producción total con partes alícuotas de la producción de los otros diez ramos productivos. Suponiendo que la producción total sea la necesaria para que cada individuo goce de un mínimo de bienestar, y que ningún individuo produzca más de lo que necesite la comunidad, el valor de la producción de P_1 será igual a *un décimo* de la producción total: y podrá permutar su producción por un décimo de la producción de $P_2, P_3, P_4 \dots P_{11}$.

Lo mismo sucederá con respecto a P_2, P_3, P_4 , etc.; en esta forma el equilibrio se establece perfectamente.

Desde luego, y esto es importante en la indagación económica, puede suceder que este equilibrio de valores no sea el que requiere la justicia. En efecto, a P_9 su producción le puede costar un esfuerzo considerablemente más grande de lo que cueste su producción a P_7 ; pero, por lo pronto, dejamos por sentado que el esfuerzo sea igual para todos los ramos productivos, y que a un aumento de esfuerzo corresponda un proporcional aumento de producción en cada ramo.

Supongamos ahora que P_3 quiera doblar su producción, es decir, tomando como referencia la producción antecedente, que de 100 la lleve a 200 unidades productivas. P_3 aumenta su producción, sin tomar un acuerdo preventivo con sus compañeros, ya sea porque no puede comunicarse con ellos (como sucede en la realidad económica actual), y^a se: por otras causas. P_3 aumenta su producción confiando en que, como él desea consumir más productos de los que no puede fabricar, lo mismo sucederá que sus compañeros estén deseosos de consumir más de su producción en la cual él se ha especializado.

En efecto, sus compañeros piensan como él, pero, por diversas causas, la producción de P_1 ha aumentado sólo de 100 a 150: la de P_2 ha aumentado a 160: la de P_4 ha bajado a 90: la de P_5 ha aumentado a 180: la de P_6 a 110: la de P_7 ha bajado a 80: la de P_8 y P_{10} ha aumentado a 180: y las de P_9 y P_{11} se han quedado estacionaria en 100.

¿Cuál será el resultado de esta situación? Será precisamente lo que se acostumbra llamar «sobreproducción», aunque, como hemos admitido desde un principio, la producción antecedente

estaba todavía muy lejos de saturar el mercado, puesto que cada uno de nuestros individuos gozaba sólo de un bienestar mínimo.

¿Cuál será la situación de P_3 , siempre que no quiera o no pueda almacenar parte de su producción? ¿Cuál será el valor de la producción de P_3 ? Será igual a la décima parte de la producción de cada rama productiva de sus compañeros.

Ahora, puesto que P_3 ha aumentado su producción a 200, mientras P_1 la ha aumentado sólo a 150, resultará que P_3 podrá recibir en pago de P_1 menos unidades productivas de las que se esperaba: contra un décimo de 200, es decir, 20 unidades productivas P_3 , recibirá sólo 15 unidades productivas de P_1 (un décimo de 150). Con respecto de P_7 , la situación de P_1 , será mucho más desastrosa, porque tendrá que entregar 20 unidades contra 8.

Pero lo más curioso es que P_9 y P_{11} que han mantenido estacionaria su producción, se encontrarán también en «sobreproducción», puesto que no podrán permutar sus diez unidades productivas con una igual cantidad de unidades de P_4 y P_7 que han bajado su producción a 90 y 80, respectivamente. Con respecto a estos ramos productivos, las mercancías de P_9 y P_{11} se depreciarán: P_9 recibirá de P_4 nueve unidades contra diez, y de P_7 sólo ocho unidades. Lo mismo pasará a P_{11} ,

Como se ve, para que exista el fenómeno de «sobreproducción», lo que menos hace falta es que exista una verdadera sobreproducción. Aunque el consumo de un cierto producto fuese susceptible de aumentar si aumentara en la *misma cantidad* la producción de los otros productos: aunque el esfuerzo productivo en un ramo produjera un efecto cuantitativamente *igual* que en cualquier otro ramo, siempre serían posibles sobreproducciones hasta que el aumento productivo no marche *paralelo* en todos los ramos.

Basta tener presente el hecho de que en el mundo existen dos mil millones de seres humanos, de los cuales unos seiscientos millones están dedicados a las actividades más diferentes, o en competencia entre sí, para comprender las dificultades de regularizar la producción mundial.

Añádese a esto que el hormiguero humano está esparcido e una superficie de 136 millones de kilómetros cuadrados, repartidos entre países cuyas relaciones monetarias están fluctuando constantemente, afectando a los costos de producción; y ante esta situación podrá parecer temeraria la empresa de gobernar la economía mundial.

Pero hay una dificultad todavía más grande. Hemos supuesto en nuestro ejemplo que las proporciones entre los consumos fue-

sen idénticas con el aumentar la producción; pero esto no sucede en la realidad. La producción de automóviles por ejemplo, no puede aumentar en proporciones numéricas iguales al del aumento en la producción de calcetines o de relojes. Y esto porque existe una *proporción entre los consumos*, proporción que hay que respetar, y que, sin embargo, es difícil hacerlo, puesto que es una proporción variable, aunque sus variaciones sean susceptibles de cálculo muy aproximativo.

En una sociedad pobre, la proporción entre la producción de artículos de primera necesidad y los de comodidad será, por ejemplo, de 10 a 1; pero si aumenta el nivel del bienestar general la proporción se transformará en 10 : 2, 10 : 3, etc.

En fin, hay que hacer una distinción entre valores absolutos, o numéricos, y valores relativos, o de proporción entre producciones. Puede necesitarse en la economía un aumento productivo general, sin alterar las proporciones entre las diversas producciones; en otros casos, por lo contrario, se necesitará aumentar sólo algunos valores cuantitativos, alterando las proporciones productivas entre los diversos ramos

LOS BARÓMETROS ECONÓMICOS

Pero, ¿cómo es posible saber cuáles son las industrias que precisa fomentar y cuál es el ritmo con que se debe aumentar la producción de los diferentes ramos, para crear la riqueza de todos los países, regiones, continentes, clases, profesiones, empresas e individuos?

Los economistas de la escuela liberal han hecho notar que existen unos indicadores muy perfectos de las necesidades de la economía, y éstos son constituídos por el nivel de las utilidades de inversión en cada industria, teniendo en cuenta, naturalmente, la tarifa general del interés.

En efecto, si una industria produce poco con respecto de las necesidades de la economía mundial, la inversión de capitales en esta industria producirá ganancias muy altas, lo cual tiende a estimular la producción de dicha industria; viceversa, la disminución de las utilidades indica que los mercados van saturándose, y que el capital hace falta en otros ramos.

Sin embargo, estos indicadores o barómetros económicos, *no* determinan, en la práctica, la justa distribución de los capitales entre naciones, regiones y ramos productivos. Esto se debe a que las masas de ahorradores y pequeños capitalistas (que constituyen la verdadera fuerza propulsora de la economía moderna, porque aunque cada pequeño capitalista no tenga importancia

en sí, las más grandes masas de capitales están constituídas por innumerables pequeños ahorros) no tienen capacidades técnicas, ni preparación científica suficiente para examinar toda propuesta de financiamiento, y escoger así las más provechosas. Los múltiples y complicados aspectos de la actividad productiva moderna, y la enorme extensión geográfica en que tal actividad se desarrolla, impiden a las masas de ahorradores orientarse decididamente hacia las mejores inversiones. Y aun suponiendo que todos los que disponen de ahorros tuviesen la más amplia preparación técnica, es absurdo pretender que, todas las veces que se trate de invertir algunos miles de pesos, cada individuo deba sacrificar el tiempo necesario para estudiar muchos proyectos, y gastar sumas considerables para hacer investigaciones, experiencias, etc., para comprobar la importancia de una nueva industria o el rendimiento y la seguridad de cualquier inversión.

Esta impotencia social de los individuos aislados podría ser eliminada sólo con la organización, porque en todo campo de actividad la organización es el expediente con que se supera la insuficiencia individual. Pero, hasta ahora, no existe ninguna organización financiera que provoque la distribución de los capitales entre todos los países y ramos de industria. Por lo tanto, los «barómetros económicos» tienen una importancia práctica muy escasa. El espíritu de iniciativa es substituído casi siempre por la rutina, la manía de imitación, la moda financiera y las sugerencias interesadas. No negamos que dichos barómetros económicos influyen en la distribución de los capitales; pero esta influencia es muy limitada, y la distribución de los capitales se realiza demasiado defectuosamente y con excesiva lentitud, lo que provoca las crisis, reduce la capacidad ahorrativa del mundo y, con ella, la capacidad de consumo.

Un efecto desastroso del espíritu de rutina y de imitación, es que el capital afluye en demasía hacia ciertos sectores de la producción mundial, lo que provoca necesariamente, primero la competencia más desenfrenada y luego aquellas concentraciones colosales, hipertróficas, que son perjudiciales para el regular desenvolvimiento productivo.

La manía de imitación y el desorden productivo, son la causa de una infinidad de calamidades y especialmente del proteccionismo y de la corrupción de la burocracia gubernativa. La política ha siempre tenido en todos los países la gran virtud de agravar hasta lo absurdo los desequilibrios económicos. Cuanto más ciertas industrias se demuestran anti-económicas, tanto más los gobiernos las apoyan por un incomprensible espíritu

de megalomanía y de mal entendido nacionalismo; mientras tanto se dejan huir magníficas oportunidades para fomentar la riqueza nacional y del mundo.

PRODUCCIÓN Y CONSUMO

Para aumentar el consumo mundial precisa aumentar la producción. Esta afirmación podrá parecer absurda. Para juzgar nuestra tesis hay que tener en cuenta, en primer lugar, que *producir significa ante todo consumir*, y consumir mucho. En efecto, precisa consumir maquinarias, materias primas, combustibles, fuerza motriz, luz eléctrica, muebles, y una gran cantidad de otros productos; precisa consumir, a través de los obreros y empleados, una cantidad considerable de productos de todo género; precisa provocar indirectamente un aumento de consumo pagando contribuciones, primas de seguro, etc.; en fin, el pago de dividendos constituye otro aumento de consumos.

En segundo lugar, queremos insistir en que no se trata de aumentar la producción de los ramos que están actualmente demasiados explotados, sino de aquellos que están fuera del campo mental de las mayorías y del espíritu de rutina de los bancos y de las actuales instituciones de inversión.

La experiencia nos demuestra que las industrias más importantes son precisamente las que para ser financiadas necesitan ser estudiadas profundamente por técnicos; son las que han sido más hostilizadas por el espíritu conservador y de rutina de la gran masa de pequeños, medios y hasta grandes capitalistas. Morgan fué el que tachó de imbécil a Westinghouse por sus frenos a aire comprimido. Marconi fué considerado un pobre diablo por los profesores y los capitalistas italianos. La máquina de escribir fué considerada un juguete inútil.

Sin embargo, y no se insistirá nunca suficientemente sobre este punto, las industrias más importantes son las que, por el solo hecho de establecerse, crean e imponen nuevos consumos, de los cuales hasta entonces no se había sentido necesidad alguna. Tales son las industrias del automóvil (que consume la mayor parte de la producción mundial del acero y del vidrio, y la casi totalidad de la producción del caucho y de la bencina), del cinematógrafo (que da trabajo a varios millones de personas), de las máquinas de escribir, de las victrolas, del radio, del teléfono, del telégrafo, de los ferrocarriles, de los aeroplanos, etc.

No queremos decir que lo que se necesita es financiar *sólo* las industrias nuevas, sino que queremos poner de realce que nin-

guna inversión verdaderamente importante ha obtenido hasta ahora la simpatía de las masas de ahorradores, ya se trate de las inversiones más revolucionarias en la economía, o de las más modestas. El crédito productivo está tan desorganizado, que los capitales afluyen siempre con más abundancia hacia las industrias en donde menos hace falta y en donde su obra es destructiva porque no hace sino fomentar una competencia exagerada

La miseria, las crisis y el caos mundial se deben única y exclusivamente a la falta de organización del crédito mundial. Demostrar la posibilidad de tal organización quiere decir demostrar las inmensas, ilimitadas posibilidades de la economía: no puede faltar trabajo a nadie; la cesantía, los salarios bajos, el elevado costo de la vida, la falta de mercados, son todos efectos de la desorganización financiera internacional.

LA DEFICIENCIA DE LOS ACTUALES ORGANISMOS FINANCIEROS

No queremos en este estudio insistir más en demostrar que el actual mecanismo financiero internacional es absolutamente inadecuado para distribuir racionalmente los capitales entre todos los países y ramos productivos. El carácter local y particular de los bancos, por muy grandes que sean, es conocido universalmente. Del mismo defecto adolecen las compañías de inversiones. Las Bolsas de Valores, que fueron creadas precisamente para fomentar la movilización del ahorro y para facilitar su distribución, han fracasado en su misión porque son inadecuadas para comprobar la seguridad y el rédito de cada inversión. Las Bolsas han aumentado los riesgos, han fomentado las especulaciones más ruinosas económica y socialmente. Esto no proviene del hecho de que las Bolsas sean en sí instituciones no deseables; sus defectos provienen de la falta de una institución internacional que llene las deficiencias de las Bolsas actuales y coordine su actividad.

Se necesita reorganizar el crédito internacional sobre nuevas bases, más amplias y más sólidas. Precisa crear una *Bolsa Mundial de Valores y Cambios* que provoque en todo el mundo la creación de grandes masas de capitales productivos nuevos, que encauce el ahorro hacia todas las industrias verdaderamente seguras y de buen rédito, que provoque una reducción mundial en la tarifa de interés del dinero, de manera que se vuelvan costeables las industrias y los cultivos de bajo rendimiento, y, en fin, que constituya al mismo tiempo una *institución de seguro del capital y del ahorro mundiales*.

El aspecto más interesante de la Bolsa Mundial de Valores consiste precisamente en que aplicará el *seguro* en la movilización de grandes masas de ahorros y capitales, para facilitar así el flujo y reflujo de capitales de un país a otro, y de uno a otro ramo de industria, cultivo, minería, transporte, crédito y comercio. Si se considera, que son precisamente los *riesgos* de inversión los que constituyen el obstáculo más grande al espíritu de iniciativa y a la movilización internacional del ahorro, es fácil comprender la enorme trascendencia de un plan que se proponga aplicar el seguro al movimiento internacional de capitales. Si se consideran, además, los inmensos beneficios sociales que ha traído el seguro contra muchos riesgos (de avería y naufragio, de granizada, de incendio, de accidente, de hurto, de muerte prematura, etc.), es fácil comprender que el seguro aplicado al proceso fundamental de la vida económica, es decir, a la formación de capitales, producirá resultados sociales de una trascendencia inmensa.

El examen de los medios de práctica realización de la reorganización del crédito mundial (y por lo tanto de toda la economía) formará el objeto de una monografía que publicaremos en esta misma Revista. Con este artículo hemos tenido que limitarnos a demostrar la necesidad de tal organización y los principios teóricos a los cuales tiene que inspirarse

RESUMEN Y CONCLUSIONES

Hemos expuesto en el primer párrafo nuestra teoría del valor, que se basa en el reconocimiento de este hecho fundamental: en la sociedad económica mundial, por *valor* se entiende exclusivamente su *valor de cambio* y éste es muy distinto de su *valor en trabajo*, esto es, la utilidad real (bienestar) que cada esfuerzo productivo significa *o puede significar* para la sociedad. El problema económico-social consiste en *hacer coincidir* estos dos valores distintos y separados, lo cual es posible sólo fomentando todas las producciones en una forma racional y armónica.

La producción racionalizada es posible sólo nivelando las tarifas de inversión del capital en todos los países y con respecto a todas y cada una de las innumerables actividades productivas existentes y posibles, reduciendo, a la vez, la tarifa general del interés hasta el nivel más bajo, para hacer costeables las inversiones de escaso rendimiento.

La racionalización de la producción mundial mediante la distribución científica del capital, según las verdaderas necesidades de la producción y del consumo, no puede conseguirse me-

dian­te las actuales organiza­ciones finan­cieras que son dema­siado inspi­radas a intere­ses de grupo. Precisa es­ta­blecer una orga­ni­za­ción finan­ciera in­ter­na­cional, que esté por en­ci­ma de cual­quier pe­ligro de burocratismo y de rutina, per­fec­ta­mente des­cen­tra­li­zada a pesar de su funcio­namien­to mun­dial, y que sea ca­paz de mo­vilizar con la ra­pidez del rayo al aho­rro mun­dial y en­cau­zarlo au­to­máti­camente ha­cia las em­presas e in­ver­siones más úti­les para el in­vi­duo y para la so­ciedad.

A las per­so­nas que nos tachen de utopistas, con­stestamos sencillamente que no puede ser utópica la realización de una necesidad imperiosa. La producción actual necesita de mercados remunerativos, y éstos pueden ser creados sólo con la racional distribución de los capitales. Se trata sólo de un problema técnico, esencialmente financiero. Cuando un problema filosófico o social se presenta en una forma científica, técnica, su solución es relativamente muy fácil. El justo precio del trabajo y del capital es, en sí, un problema filosófico; si nos concentramos en la abstracción filosófica se puede llegar a las conclusiones más fantásticas, por mucho que parezcan sabias. Pero la técnica financiera nos demuestra que la cesantía puede ser eliminada y el precio del trabajo puede aumentarse considerablemente, hasta niveles que están mucho más allá de las más exaltadas aspiraciones obreras; nos puede demostrar también que el costo de la vida es destinado a disminuir considerablemente, a la par de los precios de costo, lo que significa que los salarios reales (en productos), pueden ser aumentados enormemente; en fin, que el precio del capital es susceptible de grandes reducciones, y que la función capitalista puede ser, y lo será en un futuro muy próximo, desempeñada por todas las clases, profesiones e individuos.

Dejemos de buscar en la política, en la filosofía y en la legislación parlamentaria la salvación de la economía mundial; sólo la técnica financiera puede constituir la palanca que levante el mundo y lo impulse hacia nuevos rumbos, porque sólo esta técnica es capaz de movilizar todas las fuerzas productivas y creadoras del mundo.—MARIO ANTONIOLETTI.

PAUL VALERY Y LA CRISIS DEL ESPIRITU

VALERY apunta que una circunstancia excepcional hizo el genio de Baudelaire; la feliz reunión de su temperamento de poeta y de su sentido crítico, sensibilidad e imaginación unidas a una vasta curiosidad intelectual. Rara vez se ha confesado con más precisión un hombre mientras estudia a otro. Abs-